

La visión de hombre desde Santo Tomás de Aquino

Para santo Tomás, hombre intelectual del medioevo, filósofo y teólogo, el hombre es una creatura que se encuentra por encima de las demás creaturas entendido esto no como el dominio que puede tener sobre aquéllas, sino como aquél que tiene una capacidad intelectual mayor, por lo que en lugar de aprovecharse de su entorno, deberá responder por el mismo con conocimiento de causa puesto que todas sus acciones deberán dirigirse de acuerdo a su naturaleza la cual debe estar en correspondencia con quien le ha creado.

Para el Aquinate, el ser humano es un todo y, fuera de ello debe estar ordenado a un fin. No es un alma encerrada en un cuerpo (Platón), ni mucho menos alguien que se reduce meramente al plano físico (Aristóteles), es una unidad que a través de los sentidos y de la entelequia deberá obedecer a su naturaleza. (S.Th, I, q76, art.5)

La visión del hombre que tiene el filósofo dominico como un todo unitario, le permite además dar a entender quién es y cuál debe ser el direccionamiento de todos sus actos, puesto que no deberá obrar para algo mediático, sino que, cada acción debe tener un fin último y, a su vez, corresponder a lo que él es como animal racional y trascendental.

El ser humano dotado de cuerpo y alma debe saber muy bien que será a través de su cuerpo que podrá transmitir lo que surge de su propia inteligencia, dado que entre todas las creaturas, sólo él tiene tal disposición y por ende, cada acción deberá estar marcada por su racionalidad, o como el también teólogo lo sostiene, por su inteligibilidad. (S.Th. I, q76, art. 1)

Pero no basta resaltar la unidad del hombre y cómo es que éste se encuentra en una posición superior con relación a las demás especies, dado que esto aún no permite comprender cuál es su razón de ser en este mundo. Si algo existe en este plano universal es porque en cada ente existente hay un llamado con el fin de que toda la naturaleza se realice de acuerdo a su orden establecido. Por tal razón, el hombre es un ser vocacional. Está llamado todo el tiempo a realizarse y dicha realización incluye al resto de creaturas, comenzando incluso por sus semejantes, con quienes se puede comunicar porque hay un lenguaje, el cual, por pertenecer al plano inteligible, es más comprensible e influyente en los demás. El ser humano, se comunica, haciéndose entender, con el fin de generar una reacción y respuesta de quien se encuentra frente a él, dado que de todos los seres creados es el más comunicativo (*De Reg. Princ. I, I, c1*)

Cuando se habla de la comunicabilidad del ser humano, Fray Tomás se refiere a la disposición que hay en el hombre para relacionarse con su entorno debido a que todo corresponde a una naturaleza universal. Entre más inteligible, más cuidado y reflexión deberá existir, puesto que la disposición de la mente con el mundo material y metafísico es mucho más amplio.

Sostiene Santo Tomás que gracias a la composición del hombre como ser inteligible, aquella comunicabilidad y relacionalidad de la que se habla deberá estar mediada por la acción. En este sentido, el mismo Dr. Angelico¹ sabe muy bien diferenciar entre lo que él llama como actos del hombre y acciones humanas.

Cuando se habla de actos del hombre se refiere a aquellas operaciones que biológicamente están impresas en todas las creaturas, en otras palabras, lo que en el lenguaje común se identifican como necesidades básicas y sobre las cuales no hay elección. Por ejemplo, no está en la elección de las personas el comer, dormir o ir al baño, puesto que hace parte de la misma naturaleza y que, en razón de ello, no hay mucho qué pensar. Quizás se puede decidir en qué momento hacerlo – hasta cierto punto – pero tarde o temprano se tendrá que efectuar.

Por otra parte, al hablar de las acciones humanas, el Aquinate se está refiriendo propiamente a aquellas operaciones que se enmarcan en el campo del libre albedrío del ser humano; aquello que necesita de una decisión y que tiene toda una intencionalidad. (Echegoyen, s.f.)

Dentro de las acciones humanas, santo Tomás resaltará y diferenciará el “Hacer (Facere)” y el “Obrar (Agere)”. El hacer se refiere a aquellas acciones que incluyen un trabajo, una tarea, algo que tenga presente la relación de la persona con su entorno, donde además, se da una transformación del mismo. Se sostiene que en el hacer, el hombre imprime una pasión en algo externo con el fin de imponerle una fuerza, es todo un movimiento ad extra. En la acción que tiene que ver con el obrar entra a jugar la interioridad del hombre, es el plano de la ética y la moralidad, aquello que pregunta por lo que está bien o no. Ya en esta dimensión, no se da un movimiento ad extra, sino ad intra. (S. Th. I-II, q6, art.1) Es el lugar de la conciencia, el campo del alma, de la espiritualidad e incluso de la trascendencia, punto fundamental en la mente del fraile dominico, creador de la suma teológica y de la suma contra gentiles, puesto que hace parte de lo que él mismo llama la inteligibilidad del hombre y lo que también ayuda a responder la pregunta ¿Qué mueve al ser humano a actuar de determinada manera?

Santo Tomás identifica al ser humano, no sólo como la creatura que está por encima de las demás especies por su inteligibilidad, sino que, está ordenada a un fin último y lo que haga – acciones humanas – deberá perseguir constantemente aquél. El hombre, contiene algo que se llama potencias del alma, que son partes que dentro de él le permiten direccionar sus acciones y a su vez, le inspiran y afectan en su actuar. Una de estas potencias es la voluntad, fuerza que guiada por el apetito - deseo y tendencia del ser humano para dirigirse hacia el fin que se propone, le permite tener un punto de concentración para imprimirle su fuerza. Prácticamente, es obrar según lo que se quiere teniendo presente que hay una razón

¹ Título como también es reconocido Santo Tomás.

superior que, según el Dr. Angélico, lleva a que el hombre no pierda su rumbo para encontrar su fin último. (S. Th. I-II, q1, Art. 4)

En el artículo 6, en lo que Tomás refiere al fin último del hombre y que presenta en la cuestión: ¿Quiere el hombre por el fin último cuanto desea?, responde así:

Es necesario que el hombre desee por el último fin todo cuanto desea. Y esto por dos razones. En primer lugar, porque cuanto desea el hombre, lo desea bajo la razón de bien; y, si éste no es el bien perfecto, que sería el fin último, es necesario que lo desee como tendiente al bien perfecto, porque siempre el comienzo de algo se ordena a su perfeccionamiento, como se ve en las obras de la naturaleza y en las artificiales. Y, por tanto, el comienzo de una perfección se ordena a la perfección completa, que lo es por el último fin.

En segundo lugar, porque el fin último, cuando mueve al apetito, se comporta del mismo modo que el primer motor en los demás movimientos. Pero es claro que las causas segundas mueven sólo en la medida que son movidas por el primer motor. Por consiguiente, los apetecibles segundos mueven el apetito sólo en orden al primer apetecible, que es el fin último. (S. Th. I-II, q1, Art. 6)

El Aquinate pone en evidencia que por su naturaleza el hombre debe tender a un fin último. Ahora bien, sabiendo que este fraile dominico realiza cuanta disertación filosófica puede con el fin de presentar su visión teológica y por qué el ser humano como creatura debe retornar a su creador, se puede comprender fácilmente, que ese fin último del hombre es el mismo Dios de las sagradas escrituras. Es el Dios del pueblo de Israel y el Dios de Jesucristo, su Padre. Si esto es así, ¿Lo anteriormente planteado respondería únicamente a las necesidades de los creyentes, es decir, a los cristianos? Yo creería que no.

La visión de santo Tomás, así sea sustentada de manera tanto filosófica como teológica, no es una justificación para sustentar un dogma; todo lo contrario; es una reflexión que le permite a todo ser humano, volver sobre lo más esencial que tiene y, sobre todo, a preguntarse por su razón de ser y encontrar fundamentos suficientes para defender la necesidad de recuperar lo más íntimo de la humanidad y, a su vez, más alienado: Su esencia como ser corpóreo - espiritual. Ya se explicó anteriormente, no es sólo cuerpo, no es sólo espíritu, es un ser completo, compuesto, que está ordenado a algo que es superior a él, pero necesita de ese reconocimiento que sólo se da desde la dimensión intelectual para ser conocido, comprendido y, a su vez, perseguido.

Al tener un fin último, el ser humano, además de buscarlo, comprende qué otros elementos y qué otras acciones deberá tener presentes para alcanzarlo lo cual contribuye a que él mismo no caiga en una mera inmanencia haciéndolo ajeno o extraño a los demás seres, sino

que, por el contrario, lo lleve a vivenciar esa comunicabilidad que ya se mencionó páginas atrás.

Para lograr el fin último, los hombres deberán saber dirigir su apetito y su voluntad en co – relación, es decir, en compañía y ayuda de los demás seres. Tanto así, que en el opúsculo sobre la “monarquía”, Tomás escribe: *“El hombre tiene por consiguiente necesidad de un agente que lo dirija a su fin, y por eso, y para eso, le ha sido infundida la luz de la razón natural. Si el hombre hubiese sido criado para vivir solo, como muchos animales, no necesitaría de nadie, para dirigirse a su fin.”* (Carbonero, 1861)

Con el anterior texto, el Dr. Angelico sostiene que el hombre no sólo, no es un solitario, sino que está acompañado de otros seres de su misma especie para poder lograr su fin último. Esto es un gran aporte del Aquinate, porque de entrada permite entender que todo actuar del ser humano necesita estar apoyado de otros y por ende, cada cosa que voluntariamente decida realizar deberá contar con los demás seres, quienes no se le opondrán a su fin último debido a que todos están ordenados por el máximo y primer principio.

Tomás de Aquino, fundamentándose en Boecio, define la persona como: *Individua substantia rationalis naturae* (Culleton, 2010); ahora, con relación a lo anterior, cuando se manifiesta que el ser humano debe entrar en comunión con los demás seres, lo que se está resaltando es que ese ser que es indivisible debe abrirse a otros tal como él, lo cual no le llevará a alienarse o afectar dicha indivisibilidad, sino que por el contrario, deberá mantenerse intacto, dispuesto a comunicarse para hacerse también, responsable de los otros y de lo otro.

Ese hombre, además, por esa individualidad que posee, desde la definición de Boecio, es un ser personal, donde su ser es incomunicable e intransferible y donde él mismo deberá hacerse responsable de sí mismo y de sus acciones. Él mismo tiene que responder por todo lo que él es puesto que su obrar estará determinado por la fuerza interior que hay dentro de él, y no porque otro lo provoque desde adentro.

Ahora, una cosa es que el ser humano como ser individual se haga responsable de sí y otra muy diferente es llamarlo a socializar con otros hombres. El ser una substancia individual lo de debe llevar a auto – conocerse, auto – determinarse y a auto – dominarse, pero esto no quiere decir que desconozca otras individualidades y se cierre a sí mismo.

El hombre ha sido llamado a comunicarse, sí, manteniendo su individualidad, pero alejándolo de caer en un individualismo. Si bien se afirma que el ser humano está llamado a una realización personal se refiere no a un egoísmo, sino a la capacidad de relación que cada individuo tiene con los demás seres, de manera particular, con los de su misma especie. Debe ser obviamente responsable consigo mismo, pero esto no le quita el compromiso que tiene con sus semejantes.

Lo anterior es la clara afirmación de que el hombre desde santo Tomás es considerado un todo compuesto que es comunicable, individual y personal con capacidad de abrirse a otros como ser abierto y social. Así mismo lo manifiesta el filósofo dominico en su texto sobre la monarquía:

Si conviniera al hombre vivir solo, como en el caso de muchos animales, no tendría necesidad de nadie para alcanzar ese fin. Sería el rey de sí mismo bajo la autoridad del rey supremo, que es Dios. La luz de la razón, de origen divino, le sería suficiente. Pero el hombre es naturalmente animal social y político, que vive en grupo. Esta característica le pertenece más que al resto de los animales. Y esto es el efecto de una necesidad natural. La naturaleza a provisto a los animales de todo lo necesario, en cuanto al hombre, no dispone nada que la naturaleza le haya dado por adelantado. En lugar de todo aquello, ha recibido la razón, que le permite, por medio de sus manos, hacer frente a todas las necesidades que él sólo podría satisfacer. El hombre no puede pasar la vida solo. La multitud de los hombres le es indispensable. De todas sus necesidades, el hombre solo tiene un conocimiento genérico. Debe usar la razón para descender de lo universal a los detalles prácticos de los particulares. Luego una vez más es imposible lo que logre si permanece aislado. El hombre tiene necesidad, a estos efectos, de una ayuda mutua, de una diversidad que, al repartir el trabajo, aporte a cada uno un servicio determinado, ya se trate de medicina o de cualquier otra actividad. Pero la razón por excelencia de esta sociabilidad la encontramos en el fenómeno del lenguaje, que permite a cada hombre expresar a los otros su pensamiento. El hombre es el más comunicativo de los animales sociales, entre los que se cuentan las hormigas, las grullas, las abejas, etc.
(Carbonero, 1861, págs. 3-4)

El Dr. Angelico declara sin titubear que el hombre necesita conformar una sociedad puesto que gracias a ésta puede alcanzar muchos más conocimientos que le permitirán acercarse de la mejor manera al fin último. El otro no es un ente alienante, es un ser social con el cual puede acordar algo, construir e incluso caminar en comunión hacia ese fin tan determinante como es el último sentido de su propia existencia.

Sustentado esto, es posible comprender que paulatinamente el Aquinate tiene en la visión de hombre un ser que comparte un espacio con semejantes y por ende, al necesitar unos de otros es menester que se le considere como un animal político puesto que no está solo, por ende, sus decisiones deberán orientarse a la consecución de un fin último que se debe llevar a cabo con otros, e igualmente traducirse y materializarse en un bien común.

El bien común es precisamente el punto de partida de Santo Tomás para poder establecer un orden en la tierra, el lugar donde se construye el encuentro con el fin último pero que de ninguna manera excluye a los demás hombres. El hombre del que tanto habla el Dr.

Angelico, es un ser social y político, por ende necesita auto gobernarse con el fin de que el obrar siempre recaiga de manera positiva en el otro.

Será precisamente la virtud de la justicia, medio a través del cual, cada hombre mantenga el orden natural y social; y lo es dicha virtud porque aquella es una fuerza que sale de la voluntad de la persona pero que debe direccionarse hacia el otro que aunque es externo a él no le puede ser indiferente. Es así como lo expresa el autor de la suma teológica: *“está Tulio, que dice, en I De offic., que la justicia es aquella razón por la que se mantiene la sociedad de los hombres entre sí y también la comunidad de la vida. Pero esto se refiere respecto al otro. Luego la justicia se produce únicamente sobre aquellas cosas que se refieren al otro. (S. Th. II-II, q58, Art. 2)*

El hombre es capaz de justicia porque es un ser racional, debido a que es gracias a la inteligibilidad de él mismo que se puede auto gobernar y por ende se sostiene que es precisamente a través de la luz natural que cada *anima rationalis* tiene la capacidad de obrar siempre el bien puesto que identifica lo que le conviene.

Al referirse a la racionalidad del ser humano, Santo Tomás no niega que existan otras potencias que muevan la voluntad del ser humano, todo lo contrario, porque reconoce que el ser humano es un todo compuesto e integral es que reconoce perfectamente que la irascibilidad y la concupiscencia tienden siempre a llevar a todo hombre a buscar otro tipo de acciones donde ellas tengan cabida alguna, e incluso, en deterioro de su propia naturaleza.

Será precisamente el reconocimiento del hombre como ese ser integral, que Tomás resalta el papel fundamental que tiene la razón puesto que gracias a ésta aquél no se aparta de su fin último ni mucho menos de la responsabilidad que como ser social y político tiene con los demás y cumple por medio de la justicia teniendo por objeto el bien común. A razón de esto es que en el artículo 2, cuestión 58 de la *Secunda secundae*, en la suma teológica, el Dr. Angelico responde:

Como se dijo anteriormente (q.57 a.1), ya que el nombre de justicia comporta la igualdad, por su propia esencia la justicia tiene que referirse a otro, pues nada es igual a sí mismo, sino a otro. Y, dado que pertenece a la justicia rectificar los actos humanos, como se dijo (1-2 q.60 a.2; q.61 a.3; q.113 a.1), es necesario que esta igualdad que requiere la justicia sea de individuos diversos que puedan obrar. Ahora bien: las acciones son propias de las personas y de los que forman un todo, mas no, propiamente hablando, de las partes y de las formas o de las potencias; pues no se dice con propiedad que la mano hiere, sino el hombre por medio de la mano; ni se dice propiamente que el calor calienta, sino el fuego a través del calor. Sin embargo, se habla de este modo en virtud de cierta analogía. De aquí se sigue que la justicia propiamente dicha requiere diversidad de supuestos; y por eso no existe a no ser de un hombre a otro. Pero, por analogía, encuéntranse en un solo y

mismo hombre diversos principios de acción, como si fueran diversos agentes, como la razón, lo irascible y lo concupiscible. Por eso se dice metafóricamente que en un solo y mismo hombre está la justicia, en la medida en que la razón gobierna lo irascible y lo concupiscible y éstos obedecen a la razón; y, universalmente, en la medida en que se atribuye a cada parte del hombre lo que le conviene. De ahí que el Filósofo, en V Ethic., llame también a ésta (la razón) justicia, metafóricamente hablando. (S. Th. II-II, q58, Art. 2)

Tomás reconoce en el hombre a un ser que es emocional e impulsivo, no obstante, constantemente dejará claro que siempre y cuando el hombre tenga la capacidad de dejarse orientar por su inteligencia, jamás perderá el rumbo y por ende, tendrá presente su dimensión personal, social y política. El ser humano es en sí un ser que trasciende porque se abre a los demás y tiene presente su alteridad; no se encierra, se abre; no sólo se abre, se da a los demás con quienes siente la necesidad de socializar, de construir un proyecto común.

El hombre según santo Tomás debe ser dirigido por un bien supremo que le permitirá su realización personal, no obstante, será imprescindible para lo anterior no desviarse puesto que romper con cualquier orden natural conlleva a la alienación que es el claro reflejo de la perversión, o mejor de la corrupción humana. Es en las relaciones sociales que se debe materializar ese orden, y como se expresó, la justicia, es una de las virtudes por excelencia para el Aquinate debido a que aquélla le permite al hombre no sólo ordenar la sociedad, sino además, ordenarse a sí mismo. Al darse la injusticia por parte de los hombres, no sólo se lastima a unos terceros, sino que se da una auto negación del ser puesto que se suprime a la misma razón.

En lo que tiene que ver con la injusticia, el Aquinate afirma:

La injusticia es de dos clases: la primera, la ilegal, que se opone a la justicia legal. Esta es, por esencia, un vicio especial en cuanto que se refiere a un objeto especial, es decir, al bien común que desdeña. Pero, en cuanto a la intención, es vicio general, pues por el desprecio del bien común puede ser conducido el hombre a todos los pecados; como también todos los vicios, en la medida en que se oponen al bien común, tienen razón de injusticia, como derivados de ésta, según se ha dicho antes al tratar de la justicia (q.58 a.5-6).

Otra forma de injusticia es aquella que entraña cierta desigualdad con respecto a otro; esto es, según que el hombre quiere tener más bienes, como riqueza y honores, y menos males, como trabajos y daños. En esta acepción, la justicia tiene materia especial y es vicio particular opuesto a la justicia particular. (S. Th. II-II, q59, Art. 1)

Por ser el hombre parte de una sociedad, reconoce Tomás de Aquino que es necesario que alguien en medio de todos ellos la dirija, pero deberá hacerlo como si se auto gobernara, es

decir, deberá regentarse a través de la racionalidad gracias a la cual cada cosa ocupa un lugar determinado y de esa manera se encamina hacia un fin superior; pero en caso de que se deje llevar por impulsos no dirigidos seguramente se corromperá y afectará el todo, es decir, el bien común.

En su texto sobre la monarquía va a escribir el Aquinate:

El gobierno de todos los cuerpos está regido por el primero; es decir, por el cuerpo celeste, los demás cuerpos lo están, por un orden de la divina providencia, y todos por la criatura racional. En el hombre, el alma rige al cuerpo, la razón a las partes irascibles y concupiscibles del alma; y en los miembros del cuerpo hay uno principal, sea el corazón o la cabeza, que mueve a todos los demás. Es, pues, necesario que en toda sociedad, haya un poder directivo. Pero sucede que entre los medios empleados para llegar a un fin, unos van directamente a él y otros se alejan; y esta es la razón porque hay bien y mal en el gobierno de la sociedad. El bien, es la ley que conoce a un fin honesto o conveniente.

El fin en una sociedad de hombres libres, es distinto al de una sociedad de esclavos. El hombre libre es el que se pertenece a sí mismo; es esclavo el que pertenece a otro. Si el jefe de una sociedad de hombres libres, la gobierna en bien general de la misma sociedad, su gobierno será recto y justo, tal y como se conviene a hombres libres; pero si en vez de consagrar su autoridad al bien común, se vale de ella para su interés particular, entonces su gobierno será injusto y perverso. (Carbonero, 1861, págs. 7-8)

Para concluir, en santo Tomás encontramos una visión de hombre que es único, auténtico, de naturaleza racional, individual que debe buscar el fin último pero no de manera solitaria, sino como sujeto social que reconoce la necesidad de ordenar sus acciones humanas según la razón natural como ser inteligible que es, hacia un bien común, deseando para otros lo que busca para sí. Fuera de ello, como sujeto social, necesita de un guía que dirigido por el orden natural y la buena voluntad busque una verdadera comunicabilidad entre quienes integran el mismo espacio social y a los que igualmente deberá acompañarlos con acciones justas debido a que en el momento de romper y pervertir el orden establecido a través de la injusticia corromperá todo el cuerpo social y por ende dañará a cada una de sus partes como signo de la predominancia de los deseos y los impulsos que se impusieron por encima de la inteligibilidad humana.

La visión de hombre que desarrolla santo Tomás conlleva a replantearse cuál es la concepción de hombre que se tiene en la actualidad y en qué medida, el haber perdido de vista los aportes de este fraile dominico en relación a aquél, son en parte, causales de lo que hoy en día se entiende como ser humano.

Referencias

Carbonero, D. L. (1861). *El gobierno monárquico*. Sevilla: Imprenta y Librería D. A. IZQUIERDO.

Culleton, A. (2010). Tres aportes al concepto de persona: Boecio (Substancia), Ricardo de san Víctor (Existencia) y Escoto (Incomunicabilidad). *Revista Española de Filosofía Medieval*, 61.

Echegoyen, J. (s.f.). *Torre de Babel*. Recuperado el 28 de Febrero de 2018, de <http://www.e-torredebabel.com/Historia-de-la-filosofia/Filosofiamedievalymoderna/SantoTomas/Actosdelhombre.htm>

http://fraynelson.com/biblioteca/filosofia/concepcion_tomista_del_hombre.htm

<http://hfg.com.ar/sumat/c/c59.html>

<http://www.e-torredebabel.com/Historia-de-la-filosofia/Filosofiamedievalymoderna/SantoTomas/Actosdelhombre.htm>

http://www.selectividad.tv/S_FF_4_2_3_S_que_es_el_hombre_según_santo_tomas_de_aquino.html

<https://www.uco.es/filosofiamedieval/sites/default/files/revistas/vol17/refmvol17a05.pdf>